

## EL AMBIENTE QUE ARROPO LA VIDA DE JOANES



Rememorar el ambiente de hace medio siglo —cuando quien esto escribe ya tenía discernimiento— nos parece relativamente hacedero; las cosas eran algo distintas a las de ahora, pero no radicalmente diferentes. Pero el intento de evocar la vida entera de una ciudad, de una casa y de una familia con más de cuatrocientos años de antigüedad requiere una dosis grande de audacia, de información y de ingenio, que no todos poseemos. No obstante, intentémoslo con una dosis no escasa de imaginación y fantasía. Creo que el único medio de conseguirlo es intentarlo, y a ello vamos.

Debemos comenzar aludiendo al hecho de que, al parecer, la «casa pairal» de Juan Macip (*Joan de Joanes*) se hallaba en la calle Baja, en la que hoy es acreditada ropería donde se alquilan diversas multitudes, que parecen inagotables, de trajes y disfraces para procesiones, carnavales y desfiles; un edificio amplísimo, muy cerca de la plaza del Arbol y muy próximo también a la calle del Portal de Vallidigna, en donde existe una casa que fue el hogar del primer libro impreso en España. Parece ser que en aquel edificio de la calle Baja habían vivido Joanes y su padre y que allí tuvo el hijo su hogar con sus retoños, que de mayores le ayudaron en su trabajo: Vicente, Margarita —muy destacada «en ingenio y pintura»— y Dorothea, no menos acreditada en «discreción y gracia», según refiere un poeta coetáneo, Cristóbal de Virués. Podemos imaginar, por lo pronto, que

aquella casa —de gran tamaño— era un auténtico obrador en el que el maestro ejercitaba la parte más delicada de las obras —los rostros, esencialmente— y sus hijos y discípulos completaban el resto. Se sabe además que alguno de estos hijos, y aún algunos de sus discípulos, realizaron totalmente obras que luego se han atribuido al padre o viceversa, resultando por ello muy delicada la misión de estudiar la obra joanesca.

Y no se crea que este supuesto hogar de Joanes se hallaba en una parte de Valencia apacible y sosegada, como de su pintura parece deducirse. Junto a la casa del pintor se hallaba el «barrio chino», por denominarlo de manera actual y menos detonante, del cual aún se conservan calles con nombres tan explícitos como el de «las Amoras» o de «los Jardines», y del cual por entonces aún se mantendría o se recordaba el cargo del *Rey Arlot*, una especie de alcalde de barrio del lugar, acerca del cual se cuenta y no se acaba recordando anécdotas más o menos chispeantes y barrocas. Y nada lejos de este distrito *de les fembres pecadrius*, estaba la antigua Judería, de los valencianos de origen hebreo, que alguna vez habían sido asaltados por los cristianos y en donde aún parecían recordarse las exaltadas prédicas del *mestre Vicent Ferrer*, que intentó salvar a algunos judíos llamándoles a la conversión. Y por si esto no fuera suficiente, allí al lado, cerca de la plaza del Arbol y de la calle Baja, estaba el ruidoso y estruendoso distrito de los Caldereros, en lo que es la actual plaza de San Jaime —en su límite con la calle de Caballeros—, que debió ser el centro de todo estruendo metalúrgico. Falta decir que este barrio estaba junto a la más antigua muralla; al otro lado de ella y separado de otra parte de la ciudad, la más silenciosa y elegante, con la calle de «los Caballeros», que conducía hasta la Catedral, poblada por edificios antiguos y nobles de mucha raigambre, como el de los condes de Oliva, el de los condes de Buñol y otros. Por allí, decimos, se llegaba a la Catedral, que entonces, en la época de Joanes, conservaba sólo una puerta románica y otra gótica, y el aula capitular, actual capilla del Santo Cáliz; además, naturalmente, de la torre del *Micalet*, que se erguía ya tan arrogante como ahora, pero sin el remate barroco, y los edificios de la Generalidad y del Ayuntamiento, que conservaban aún muchos de los elementos góticos con que habían sido contruidos y cerca de la «Alhóndiga», hoy museo

Paleontológico, y muchos otros edificios modestos que hace mucho tiempo desaparecieron o se transformaron.

Pero la obra descomunal de Valencia, de una actividad poderosísima y de una amplitud incomparable para aquellos tiempos, era la nueva Lonja de la Seda, que se alzaba en medio del Mercado, un mercado que se improvisaba cada día con los tenderetes de los huertanos y pescadores. Era tan grande el edificio de la Lonja, que causaba admiración a quienes lo veían y a quienes imaginaban lo mucho que aún quedaba por hacer: la inmensa bóveda, que simularía unas inmensas cuerdas y unas hinchadas velas al viento, de piedra esculpida, y entre otras muchas cosas un jardín delicioso y una torre colosal. Frente a la Lonja se hallaba el inmenso edificio de San Juan, igualmente gótico, con sus erguidos arbotantes como remos de una nave dispuesta a zarpar.

En el resto de la ciudad de Valencia, muchos de los edificios que han desaparecido o se han transformado al estilo generalmente barroco, aún conservaban su carácter gótico; por ejemplo, las iglesias de Santa Catalina, San Martín, la misma Universidad, casi recién fundada. Allí detrás de San Andrés, fue tal vez donde vivió el gran escultor Damián Forment. Y luego estaban la serie de callejas que habían de desaparecer, para abrir, mucho después, la calle de la Paz, hasta lo que era barranco de la Morera, densamente poblado de esclavos, muchos de ellos negros. Más allá, los enormes edificios conventuales de San Agustín, San Francisco, Santo Domingo. El más grande tal vez debió ser este último, cercano a la casa natalicia de San Vicente Ferrer y donde éste residió durante algún tiempo. Debió ser muy feliz aquella época en que a cada paso, circulando por la ciudad de Valencia, se podían recorrer los lugares en que tuvieron efecto los sermones y milagros del santo, así como los muchos detalles a ellos referentes. Era especialmente este último edificio de Santo Domingo un desbordante ejemplo de arquitectura gótica, del cual se conservan hoy sólo una parte insignificante pero valiosísima, junto a la que entonces se llamaba Rambla de Predicadors, que está hoy situada entre otros lugares como la Glorieta y la Capitanía General. Todo ello y poco más que se nos quedó en el tintero tenía que ser la Valencia del siglo XVI, limitada por sus murallas y por muchas torres de defensa que hoy han desaparecido, excepto las de Cuarte y los Serranos, que providencialmente iban a conservarse al ser derribadas las otras en el siglo XIX.

Todo esto en cuanto se refiere al orden material. En Valencia convivían, desde hacía siglos, los cris-

tianos junto a los restos de antiguos pobladores, como los mahometanos y los judíos. Extraña mezcla que en tiempos posteriores a Joanes iba a aclararse con la expulsión de los judíos y los moriscos, si bien algunos de los primeros se quedaron, y quién sabe si muchos de los que vivimos tenemos algo de la sangre y carácter de ellos. En cuanto a la vida normal de nuestra ciudad, no tenía nada de tranquila en aquella época. Tras la llegada del emperador Carlos I, habíanse iniciado las noticias sobre el luteranismo, y sobre todo —más próximas— las sangrientas guerras de las Germanías, tan tumultuosas y contumaces. Parece difícil comprender cómo Joanes, que aún debía ser muy joven, así como sus discípulos, tenían sosiego para pintar calmadamente unas obras tan bellas, tan suaves, tan tranquilas. Hay que imaginar una Valencia intranquilizada por los movimientos de unas masas dirigidas por Guillem Sorolla, por Vicente Peris y por el mismo Juan Lorenzo. Pero así debió ser, sin duda alguna. En medio de aquella baraúnda debieron realizarse las visitas de los jesuitas y de los sacerdotes de la ciudad y de los pueblos hasta la casa de Joanes —tan beatífico—, para encargarle algunas de sus obras. Así se llegó a mediados del siglo XVI, cuando ya se habían terminado las Germanías pero quedaban sus brasas incandescentes. Retiróse el emperador Carlos, y con su hijo Felipe llegaron los nuevos acontecimientos, no menos importantes, aunque sí más alejados, como la batalla de Lepanto contra los turcos, que ya sorprendió a Joanes durante los últimos años de su vida. Pero aún conoció, y no con poco espanto, la sublevación de los Países Bajos. Estaba ya visto —pensaría Joanes— que no podía vivir tranquilo. En contraste con la agitación de la vida exterior de su época estaba la serenidad imperturbable de su espíritu. Los recuerdos seguían cerca de él. San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús, entre otros de quienes tanto y tan bien había oído hablar, incluso del propio Luis Vives, de raza sefardí, pero tan admirado en Europa, y de tantos otros.

Esta era, expresada en pocas palabras, la Valencia de Joanes. Resulta muy difícil comprender cómo el gran artista pudo vivir en paz y sin contaminación, y realizar con sus colaboradores la ciclópea obra de su vida, allí en aquella casa cercana a la plaza del Arbol. Tal vez todo ello no fue exactamente como lo hemos referido, pero pudo haberlo sido. Después de escritas estas breves páginas, nos sentiríamos felices si al menos hubiésemos acertado en lo esencial.

ANTONIO IGUAL UBEDA